

Apéndice a la primera edición norteamericana, 1886, de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*

Federico Engels
25 de febrero de 1886

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[The Condition of the Working Class in England. 1886, Appendix to the American Edition](#)”, en [Marx Engels Archive – MIA](#). Fechado el 25 de febrero de 1886. Ver [La situación de la clase obrera en Inglaterra](#) en esta misma serie y en las [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels en español](#). Este texto fue insertado casi literalmente en la “Prólogo a la edición alemana de 1892” a la referida obra.)

El libro que aquí se presenta al público de habla inglesa en su propio idioma, fue escrito hace algo más de cuarenta años. En aquellos momentos, el autor era joven, tenía veinticuatro años, y su producción lleva el sello de su juventud, con sus rasgos buenos y defectuosos, de los que no se siente avergonzado. El hecho de que ahora se traduzca al inglés no se debe en absoluto a su iniciativa. Sin embargo, sí tiene la oportunidad de decir algunas palabras, “para mostrar la causa” por la que esta traducción debe ver la luz del día.

En lo que atañe a Inglaterra, el estado de cosas descrito en este libro pertenece hoy en muchos aspectos al pasado. Aunque no está expresamente establecido en nuestros tratados reconocidos, sigue siendo una ley de la economía política moderna que, cuanto mayor es la escala en la que se lleva a cabo la producción capitalista, menos puede soportar los mezquinos dispositivos de estafa y robo que caracterizan sus primeras etapas. Los mezquinos trucos comerciales del hebreo polaco, representante en Europa del comercio en su etapa más baja, esos trucos que le sirven tan bien en su propio país, y que generalmente se practican allí, los encuentra desfasados y fuera de lugar cuando llega a Hamburgo o Berlín; y también el comisionista que viene de Berlín o de Hamburgo, hebreo o cristiano, después de frecuentar la Bolsa de Manchester durante algunos meses, descubre que para comprar hilo de algodón o telas baratas, también él debe abandonar esas artimañas y subterfugios un poco más refinados, pero todavía miserables, que se consideran la cima de la astucia en su país natal. El hecho es que esos trucos ya no son rentables en un gran mercado, en el que el tiempo es dinero, y en el que se desarrolla inevitablemente unas ciertas normas de moralidad comercial, simplemente como medio de ahorrar tiempo y problemas. Y lo mismo ocurre con la relación entre el fabricante y sus “manos”. La derogación de las leyes del maíz, el descubrimiento de los yacimientos de oro californianos y australianos, la eliminación casi total del tejido a mano doméstico en la India, el creciente acceso al mercado chino, la rápida multiplicación de los ferrocarriles y los barcos de vapor en todo el mundo, y otras causas menores, han conferido a la industria manufacturera inglesa un desarrollo tan colosal, que la situación de 1844 nos parece ahora comparativamente primitiva e insignificante. Y en la proporción en que se produjo este incremento, en la misma proporción se moralizó aparentemente la industria manufacturera. La competencia de fabricante contra fabricante por medio de pequeños robos a los trabajadores ya no es rentable. El comercio ha superado esos medios tan bajos de hacer dinero; no vale la pena para el millonario de la manufactura, y simplemente sirven para mantener viva la competencia de los comerciantes más pequeños, agradecidos de recoger un centavo doquiera que puedan. Así pues, se suprimió el *truck-system*, se promulgó el proyecto de ley de las diez horas y se introdujeron otras reformas secundarias, muy contrarias al espíritu del libre comercio y de la competencia desenfadada, pero igualmente favorables al gran capitalista en su competencia con su hermano menos favorecido. Además, cuanto más grande es la empresa, y con ella el número de empleados, mayores son las pérdidas y los inconvenientes causados por cada conflicto entre el patrón y los hombres; y así llegó un nuevo espíritu a los patrones,

especialmente a los grandes, que les enseñó a evitar disputas innecesarias, a aceptar la existencia y el poder de los sindicatos, y finalmente incluso a descubrir en las huelgas (en momentos oportunos) un poderoso medio para servir a sus propios fines. Los mayores fabricantes, antes líderes de la guerra contra la clase obrera, son ahora los primeros en predicar la paz y la armonía. El hecho es que todas estas concesiones a la justicia y a la filantropía no son más que medios para acelerar la concentración del capital en manos de unos pocos, para quienes las mezquinas extorsiones adicionales de años anteriores han perdido toda importancia y se han convertido en verdaderas molestias; y para aplastar tanto más rápido y tanto más seguro a sus competidores más pequeños que no podían llegar a fin de mes sin tales prebendas. Así, el desarrollo de la producción sobre la base del sistema capitalista ha bastado por sí mismo (al menos en las industrias más importantes, ya que en las ramas menos importantes esto dista mucho de ser así) para eliminar todas aquellas molestias menores que agravaban la suerte del trabajador en sus primeras etapas. Y así se hace cada vez más evidente el gran hecho central de que la causa de la miserable condición de la clase obrera hay que buscarla, no en estas molestias menores, sino en el propio sistema capitalista. El trabajador asalariado vende al capitalista su fuerza de trabajo por una determinada suma diaria. Después de unas horas de trabajo ha reproducido el valor de esa suma; pero la sustancia de su contrato es que tiene que trabajar otra serie de horas para completar su jornada laboral; y el valor que produce durante estas horas adicionales de plus trabajo es una plusvalía que no le cuesta nada al capitalista, pero que va a parar a sus bolsillos. Esta es la base del sistema que tiende cada vez más a dividir la sociedad civilizada en unos pocos Vanderbilt, dueños de todos los medios de producción y subsistencia, por un lado, y un inmenso número de trabajadores asalariados, dueños de nada más que su fuerza de trabajo, por el otro. Y que este resultado es causado, no por este o aquel agravio secundario, sino por el sistema mismo; este hecho ha sido puesto en evidencia por el desarrollo del capitalismo en Inglaterra desde 1847.

Además, los repetidos castigos del cólera, el tifus, la viruela y otras epidemias han mostrado al burgués británico la urgente necesidad de saneamiento en sus pueblos y ciudades, si quiere salvarse a sí mismo y a su familia de caer víctimas de tales enfermedades. En consecuencia, los abusos más flagrantes descritos en este libro han desaparecido o se han hecho menos llamativos. Se ha introducido o mejorado el drenaje, se han abierto amplias avenidas frente a muchos de los peores “barrios malos” que tuve que describir. La “Pequeña Irlanda” ha desaparecido y los “Seven Dials” están los siguientes en la lista para ser barridos. ¿Pero qué significa eso? Barrios enteros que en 1844 podía describir como casi idílicos han caído ahora, con el crecimiento de las ciudades, en el mismo estado de dilapidación, incomodidad y miseria. Ya no se toleran los cerdos y los montones de basura, solamente. La burguesía ha progresado aún más en el arte de ocultar la desgracia de la clase obrera. Pero que, en lo que respecta a sus viviendas, no se ha producido ninguna mejora sustancial, lo demuestra ampliamente el informe de la comisión real “sobre la vivienda de los pobres”, de 1885. Y este es el caso, también, en el resto de aspectos. Las regulaciones policiales han sido tan abundantes como las moras; pero sólo pueden cercar la desgracia de los trabajadores, no pueden eliminarla.

Pero mientras Inglaterra ha superado así el estado juvenil de explotación capitalista descrito por mí, otros países apenas lo han alcanzado. Francia, Alemania y, sobre todo, Estados Unidos, son los formidables competidores que en este momento (como preveía yo en 1844) están rompiendo cada vez más el monopolio industrial de Inglaterra. Sus manufacturas son jóvenes en comparación con las de Inglaterra, pero aumentan a un ritmo mucho más rápido que éstas; pero, curiosamente, han llegado en estos momentos a la misma fase de desarrollo que las manufacturas inglesas en 1844. En lo que respecta a América, el paralelismo es realmente sorprendente. Es cierto que el entorno externo en el que se encuentra la clase obrera en América es muy diferente, pero

actúan las mismas leyes económicas, y los resultados, si no son idénticos en todos los aspectos, deben ser del mismo orden. De ahí que encontremos en América las mismas luchas por la reducción de la jornada laboral, por la limitación legal del tiempo de trabajo, especialmente de las mujeres y los niños en las fábricas; encontramos el *truck-system* en pleno auge, y el *cottage-system*, en los distritos rurales, utilizado por los *bosses* [patrones] como medio de dominación sobre los trabajadores. En este mismo momento estoy recibiendo los periódicos norteamericanos con relatos de la gran huelga de 12.000 mineros de carbón de Pensilvania en el distrito de Connellsville, y me parece que no hago más que leer mi propia descripción de la huelga de los mineros del norte de Inglaterra de 1844. El mismo engaño a los trabajadores con falsas medidas; el mismo *truck-system*; el mismo intento de romper la resistencia de los mineros mediante el último, pero aplastante, recurso de los capitalistas, el desalojo de los hombres de sus viviendas, propiedad de las compañías.

Hubo dos circunstancias que durante mucho tiempo impidieron que las inevitables consecuencias del sistema capitalista se manifestaran a plena luz del día en América. Estas fueron el fácil acceso a la propiedad de tierras baratas, y la afluencia de la inmigración. Permitieron, durante muchos años, que la gran masa de la población nativa americana se “retirara” del trabajo asalariado en su temprana edad y se convirtiera en agricultora, comerciante o empleadora de mano de obra, mientras que el trabajo duro por un salario, la posición de un proletario de por vida, recayó en su mayoría en los inmigrantes. Pero América ha superado esta primera etapa. Los ilimitados bosques han desaparecido, y las aún más ilimitadas praderas están pasando rápidamente de las manos de la nación y de los estados a las de los propietarios privados. La gran válvula de seguridad contra la formación de una clase proletaria permanente ha dejado prácticamente de actuar. Una clase de proletarios de por vida, e incluso hereditarios, existe en Estados Unidos en estos momentos. Una nación de sesenta millones de habitantes que se esfuerza por convertirse (y con todas las posibilidades de éxito) en la principal nación manufacturera del mundo, no puede importar permanentemente su propia clase asalariada; ni siquiera si llegan inmigrantes a razón de medio millón al año. La tendencia del sistema capitalista hacia la división final de la sociedad en dos clases, unos pocos millonarios por un lado, y una gran masa de meros trabajadores asalariados por el otro, esta tendencia, aunque constantemente atravesada y contrarrestada por otras instancias sociales, no funciona en ningún lugar con mayor fuerza que en Norteamérica; El resultado ha sido la creación de una clase de asalariados nativos de Estados Unidos, que forman, ciertamente, la aristocracia de la clase asalariada en comparación con los inmigrantes, pero que cada día son más conscientes de su solidaridad con estos últimos y que sienten con mayor intensidad su condena actual al trabajo asalariado de por vida, porque todavía recuerdan los días pasados, cuando era comparativamente fácil ascender a un nivel social más alto. En consecuencia, el movimiento de la clase obrera, en Norteamérica, ha comenzado con un vigor verdaderamente norteamericano, y como en ese lado del Atlántico las cosas marchan al menos con el doble de velocidad que en Europa, es posible que vivamos para ver a Norteamérica tomar la delantera también en este aspecto.

En esta traducción no he intentado poner el libro al día, señalar en detalle todos los cambios que han tenido lugar desde 1844. Y ello por dos razones: en primer lugar, para hacerlo correctamente, el tamaño del libro debería duplicarse, y la traducción se me presentó de forma demasiado repentina como para permitirme emprender tal trabajo. Y, en segundo lugar, el primer volumen de *Das Kapital*, de Karl Marx, cuya traducción al inglés está a punto de aparecer, contiene una descripción muy amplia del estado de la clase obrera británica, tal como era hacia 1865, es decir, en el momento en que la prosperidad industrial británica alcanzó su punto culminante. Por lo tanto, me habría visto obligado a repasar el terreno ya cubierto por la célebre obra de Marx.

Apenas será necesario señalar que el punto de vista teórico general de este libro (filosófico, económico y político) no coincide exactamente con mi punto de vista de hoy. El socialismo internacional moderno, que desde entonces se ha desarrollado plenamente como ciencia, sobre todo y casi exclusivamente gracias a los esfuerzos de Marx, no existía todavía en 1844. Mi libro representa una de las fases de su desarrollo embrionario; y al igual que el embrión humano, en sus primeras etapas, sigue reproduciendo los arcos branquiales de los peces de nuestros antepasados, este libro exhibe en todas partes las huellas de la descendencia del socialismo moderno de uno de sus antepasados, la filosofía alemana. Así, se hace gran hincapié en el dictamen de que el comunismo no es una mera doctrina de partido de la clase obrera, sino una teoría que abarca la emancipación de la sociedad en general, incluida la clase capitalista, de sus estrechas condiciones actuales. En abstracto, esto es bastante cierto, pero en la práctica es absolutamente inútil, y peor. Mientras las clases ricas no sólo no sientan la necesidad de ninguna emancipación, sino que se opongan enérgicamente a la autoemancipación de la clase obrera, la revolución social tendrá que ser preparada y combatida sólo por la clase obrera. También los burgueses franceses de 1789 declararon que la emancipación de la burguesía era la emancipación de todo el género humano; pero la nobleza y el clero no quisieron verlo; la proposición (aunque en aquellos momentos, con respecto al feudalismo, una verdad histórica abstracta) pronto se convirtió en un mero sentimentalismo, y desapareció por completo en el fuego de la lucha revolucionaria. Y hoy en día, las mismas personas que, desde la imparcialidad de su “punto de vista superior”, predicaban a los trabajadores un socialismo que se eleva por encima de sus intereses y luchas de clase, y que tiende a reconciliar en una humanidad más elevada los intereses de ambas clases contendientes, estas personas son neófitos, que todavía tienen que aprender mucho, o son los peores enemigos de los trabajadores, lobos con piel de cordero.

El período recurrente de las grandes crisis industriales se indica en el texto como cinco años. Este fue el período aparentemente indicado por el curso de los acontecimientos de 1825 a 1842. Pero la historia industrial de 1842 a 1868 ha demostrado que el período real es de diez años; que las revoluciones intermedias eran secundarias y tendían cada vez más a desaparecer. Desde 1868, el estado de cosas ha cambiado de nuevo, de lo que se hablará más adelante.

He tenido cuidado de no eliminar del texto las numerosas profecías, entre otras la de una inminente revolución social en Inglaterra, que mi ardor juvenil me indujo a aventurar. Lo maravilloso no es que muchas de ellas se hayan demostrado equivocadas, sino que muchas de ellas han resultado ser correctas, y que el estado crítico del comercio inglés, provocado por la competencia alemana y, sobre todo, norteamericana, que yo preveía entonces (aunque en un período demasiado corto), se haya hecho realidad. A este respecto puedo, y estoy obligado, a poner el libro al día, colocando aquí un artículo que publiqué en el *Commonweal* de Londres del 1 de marzo de 1885, bajo el título: *Inglaterra en 1845 y en 1885*. Da al mismo tiempo una breve reseña de la historia de la clase obrera inglesa durante estos cuarenta años¹.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Ver en el “Prólogo a la edición alemana de 1892” en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – EIS.